

gado del todo á los dolorosos gemidos, soltaba las riendas á las lágrimas copiosas que le venían. Daba voces á Dios y decía: «Señor, gran fuerza padezco; responded vos por mí, que yo no puedo más.» Y otras veces, con el Apóstol, decía: «Triste de mí y desventurado, ¿quién me librará deste cuerpo, y de la pesadumbre desta más muerte que vida que con él traigo?» Ofrecíasele á él un remedio, y parecíale que sería el mejor de todos para librarse destes escrúpulos, que era si su confesor, á quien él tenía por padre, y á quien él descubría enteramente todos los secretos y movimientos de su alma, le sosegase, y en nombre de Jesucristo le mandase no confesase de ahí adelante cosa de su vida pasada. Mas porque por haber salido dél este remedio temía le hiciese más daño que provecho, no osaba decirle al confesor. Habiendo pues pasado este trabajo tan cruel, algunos días fué tan grande y recia la tormenta, que un día pasó, con estos escrúpulos, que como perdido el gobernalle, y destituido y desamparado de todo consuelo, se arrojó delante del divino acatamiento en oracion, y encendido allí con fervor de la fe, comenzó á dar voces y á decir en grito: «¡Socorredme, Señor! ¡Socorredme, Dios mio! Dadme desde allá de lo alto la mano, Señor mio, defensor mio. En ti solo espero; que ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo paz ni reposo. Estadme atento, Señor, y remediadme. Descubrid, Señor, ese vuestro alegre rostro sobre mí, y pues sois mi Dios, mostradme el camino por donde vaya á vos. Sed vos, Señor, el que me le deis para que me guíe; que aunque sea un perrillo el que me diéredes por maestro, para que pacifique mi desconsolada y afligida alma, yo desde ahora le acepto por mi preceptor y mi guía.» Habíase pasado en este tiempo del hospital á un monasterio de Santo Domingo que hay en Manresa, adonde aquellos padres le hicieron mucha caridad, y estaba aposentado en una celda cuando pasaba esta grande tormenta, la cual no aflojaba punto con los gemidos y lágrimas; ántes se acrecentó por un torbellino nuevo, que le apretó muy fuertemente con un desesperado pensamiento, que le decía que se echase de una ventana abajo de su celda y se despeñase. Mas él respondía: «No haré tal, no tentaré á mi Dios.» Y con esto se volvía á Dios y decía: «¿Qué es esto, Señor? ¿Vos no sois mi Dios y mi fortaleza? ¿Pues cómo, Señor, me queréis echar de vos? ¿Por qué permitis que ande tan triste, y así me aflija mi enemigo, que me da grita, preguntándome cada hora: ¿Dónde se te ha ido tu Dios?» Dando pues á Dios estas amorosas quejas y estos penosos gemidos, vinole al pensamiento un ejemplo de un santo, que para alcanzar de Dios una cosa que le pedía, determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. A cuya imitación propuso él también de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada de su alma, si ya no se viese por ello á peligro de morir. Con este propósito guardó siete días enteros tan enteramente el ayuno, que no gustó cosa del

mundo, no dejando por eso de tener sus siete horas de oracion, hincado de rodillas, y de hacer sus disciplinas tres veces cada día, ni los otros ejercicios ni devociones que tenía de costumbre. Y viéndose despues de este tiempo áun con fuerzas para pasar adelante y no nada debilitado, quería proseguir su ayuno, que había durado de domingo á domingo. En el cual yendo al confesor, y confesándose, y dándole cuenta de lo que había pasado por su alma aquella semana, como solía, y lo que adelante quería hacer, su confesor se lo estorbó, y le mandó que comiese, diciéndole que si no lo hiciese, y si piadosamente no confiase en la misericordia del Señor, que le había perdonado sus pecados, no le daría la absolucion. Obedeció pues llanamente á lo que el confesor le mandó, porque no pareciese que quería tentar á Dios. Y aquel día y el siguiente se sintió libre de los escrúpulos. Pero al tercero día tornó á ser de ellos combatido como de ántes; mas al fin, el remate de esta dura pelea, que le había puesto en tan peligroso trance, fué, que desvaneciéndose como humo las tinieblas que á cosas tan claras el demonio le ponía, y vestida su ánima y alumbrada de nueva luz del cielo, como quien despierta de un profundo sueño, abrió los ojos para ver lo que ántes no veía. Y con grande desengaño y resolución determinó de sepultar la memoria de los pecados pasados, y no tocar más á sus llagas viejas, ni tratar dellas en la confesion. Y con esta victoria tan señalada alcanzó maravillosa paz y serenidad su ánima, y tan grande discreción de espíritu, y conocimiento de sus movimientos interiores, y tan admirable gracia de Dios para curar conciencias escrúpulosas, que por maravilla venía á él persona ninguna, tocada de esta enfermedad de escrúpulos, que no quedase libre con su consejo. Porque no probaba Dios á Ignacio para sí solamente, mas también para nuestro provecho se hacía aquella tan costosa prueba. Que aunque el Señor quiere á todos sus soldados muy expertos y probados, pero mucho más á aquellos que han de ser como guías y caudillos de los otros; á los cuales, despues de muy humillados y abatidos, suele levantar y consolar, mortificándolos primero, y despues vivificándolos, para que puedan, por lo que en sí experimentaron y aprendieron, consolar á los que se ballaren en cualquier género de aprieto y tribulacion.

#### CAPÍTULO VII.

Cómo, pasadas las tentaciones, le consoló Dios nuestro Señor.

Habiendo pues salido, por la misericordia divina, de las angustias y apretura de las tentaciones pasadas y viéndose ya en más anchura y libertad de corazón, no por eso aflojó punto del cuidado que tenía de sacar un vivo retrato de todas las virtudes en su alma. Y el buen Jesus, que es fiel y verdadero en sus palabras y misericordiosísimo en sus obras, y que nunca deja ningún servicio, por pequeño que sea, sin galardón, quiso regalar á este su siervo con halagos y consolacio-

nes divinas, alumbrando con ellas su entendimiento, inflamando su voluntad, y esforzándole y alentándole para todo lo bueno. De tal suerte, que á la medida de la muchedumbre de los dolores pasados que había sufrido en su corazón, alegrasen y regocijasen su ánima (como dice el Profeta) las consolaciones del Señor. Y así, aunque desde el principio trataba Dios á Ignacio (según él solía decir) á la manera que suele un discreto y buen maestro que tiene entre manos un niño tierno para le enseñar, que va poco á poco, y no le carga de cosas, ni le da nueva licion hasta que sepa y repita bien la pasada. Pero despues que con las tentaciones pasó adelante y subió ya á la escuela de mayores, comenzóle Dios á enseñar doctrina más alta y descubrirle cosas y misterios más soberanos. De donde, como él fuese devotísimo de la Santísima Trinidad, y á cada una de las personas divinas tuviese devocion de rezar cada día su cierta y particular oracion, un día, estando en las gradas de la iglesia de Santo Domingo rezando con mucha devocion las horas de nuestra Señora, comenzóse á levantar en espíritu su entendimiento, y representósele, como si la viera con los ojos, una como figura de la Santísima Trinidad, que exteriormente le significaba lo que él interiormente sentía. Fué esto con tanta grandeza y abundancia de consuelo, que ni entónces ni despues, andando en una procesion que se hacía, era en su mano reprimir los sollozos y lágrimas que su corazón y ojos despedían, las cuales duraron hasta la hora del comer. Y áun despues de comer no podía pensar ni hablar de otra cosa sino del misterio de la Santísima Trinidad. El cual misterio explicaba con tanta abundancia de razones, semejanzas y ejemplos, que todos los que le oían se quedaban admirados y suspensos. Y desde allí se le quedó este inefable misterio tan estampado en el alma é impreso, que en el mismo tiempo comenzó á hacer un libro desta profunda materia, que tenía ochenta hojas, siendo hombre que no sabía más que leer y escribir. Y por toda la vida le quedaron como esculpidas en el alma las señales de tan grande regalo. Porque siempre que hacía oracion á la Santísima Trinidad, la cual solía hacer á menudo, y gran rato cada vez, sentía en su alma grandísima suavidad del divino consuelo. Y algunas veces era más señalada y particular la devocion que tenía con el Padre eterno, como con principio y fuente de toda la divinidad, y origen de las otras personas divinas. Despues otras con el Hijo, y finalmente con el Espíritu Santo, encomendándose y ofreciéndose á cada una de por sí, y sacando juntamente de todas como de una primera causa, y bebiendo como de un plenisimo manantial y fuente de todas las gracias en abundancia, el sagrado licor de las perfectas virtudes. En otro tiempo también, con grande alegría de espíritu, se le representó la manera que tuvo Dios en hacer el mundo. El cual mucho despues, cuando contaba estas cosas él mismo, decía que no podía con palabras explicarlas.

En el templo del mismo monasterio, estando un día con grandísima reverencia y devoto acatamiento oyendo misa, al tiempo que se alzaba la hostia y se mostraba al pueblo, con los ojos del alma claramente vido (1) cómo en aquel divino misterio y debajo de aquel velo y especies de pan, verdaderamente estaba encubierto nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre. Muchas veces, estando en oracion, y por largo espacio de tiempo, con estos mismos ojos interiores vido la sagrada humanidad de nuestro Redentor Jesucristo, y alguna vez también á la gloriosísima Virgen, su Madre; y esto no sólo en Manresa, donde entónces estaba, sino despues también en Hierusalén, y otra vez en Italia, cerca de Padua, y otras muchas en otras partes. Con estas visitaciones y regalos divinos quedaba su ánima tan esclarecida de celestial lumbré y con tanto conocimiento y seguridad de las cosas de la fe, y su espíritu tan confirmado y robusto, que pensando despues estas cosas muchas veces consigo mismo, le parecia, y de véras se persuadía, que si los misterios de nuestra santa fe no estuvieran escriptos en las letras sagradas, ó si, lo que no puede ser, la Escritura divina se hubiera perdido, con todo eso, serían para él tan ciertos y los tendría tan fijados y escriptos en las entrañas, que solamente por lo que había visto, no dudaría, ni de entenderlos, ni de enseñarlos, ni de morir por ellos.

Saliendo un día á una iglesia que estaba fuera de Manresa como un tercio de legua, é yendo (2) transportado en la contemplacion de las cosas divinas, se sentó cabe el camino que pasa á la ribera de un río y puso los ojos en las aguas; allí le fueron abiertos los del alma, y esclarecidos con una nueva y desacostumbrada luz. No de manera que viese alguna especie ó imágen sensible, sino de una más alta manera intelligible, por lo cual entendió muy perfectamente muchas cosas, así de las que pertenecen á los misterios de la fe, como de las que tocan al conocimiento de las ciencias. Y esto con una lumbré tan grande y tan soberana, que despues que la recibió, las mismas cosas que ántes había visto, le parecían otras. Y habiendo estado buen rato en este arrebatamiento y suspension divina, cuando volvió en sí echóse de rodillas delante de una cruz que allí estaba, para dar gracias á nuestro Señor por tan alto y tan inmenso beneficio. Mas ántes que fuese visitado del Señor con estos regalos y favores divinos, estando aún en el hospital y otras muchas veces, se le había puesto delante una hermosa y resplandeciente figura, la cual no podía discernir, como quisiera, ni qué cosa fuese, ni de qué materia compuesta, sino que le parecia tener forma como de culebra, que con muchos á manera de ojos resplandecía. La cual cuando estaba presente le causaba mucho contento y consuelo, y por el

(1) La palabra *vido* por *vió* se halla igualmente en la segunda edicion castellana de 1586. En la última, la de 1605, ya puso *vió*.  
(2) En la edicion de 1605, y *yendo*; en la edicion de Barcelona de 1863 se ha suprimido la *y*.

contrario, mucho descontento y pena cuando desaparecía. Esta vision se le representó aquí estando postrado delante de la cruz. Pero, como ya tenía más abundancia de la divina luz, y en virtud de la santa cruz, ante la cual estaba ahinojado, fácilmente entendió que aquella cosa no era tan linda ni tan resplandeciente como antes se le ofrecía, y manifestamente conoció que era el demonio, que le quería engañar. Y de ahí adelante por mucho tiempo le apareció muchas veces, no sólo en Manresa y en los caminos, sino en Paris también y en Roma; pero su semblante y aspecto no daba ya resplandor y claridad, mas era tan apocado y feo, que no haciendo caso dél, con el báculo que traía en la mano fácilmente le echaba de sí.

Estando todavía en Manresa ejercitándose con mucho fervor en las ocupaciones que arriba dijimos, aconteció que un día de un sábado, á la hora de completas, quedó tan enajenado de todos sus sentidos, que hallándose así, algunos hombres devotos y mujeres le tuvieron por muerto. Y sin duda le metieran como difunto en la sepultura, si uno dellos no cayera en mirarle el pulso y tocarle el corazón, que todavía, aunque muy flacamente, le batía. Duró en este arrebatamiento ó éxtasi hasta el sábado de la otra semana, en el cual día, á la misma hora de completas, estando muchos que tenían cuenta con él, presentes, como quien de un sueño dulce y sabroso despierta, abrió los ojos, diciendo con voz suave y amorosa: «¡Ay Jesus!» Desto tenemos por autores á los mismos que fueron dello testigos, porque el mismo Ignacio, que yo sepa, nunca lo dijo á ninguno; ántes con humilde y grave silencio siempre tuvo encubierta esta tan señalada visitación del Señor.

Parecerá por ventura á algunos que éstos que habemos contado, son extraordinarios favores de Dios y que son increíbles. Y más en un soldado que quitado del ruido de las armas y destetado de los deleites y dulcedumbre ponzoñosa del mundo, comenzaba á abrir los ojos y á gustar de la amargura saludable de la mirra y cruz de Cristo. Mas los que dicen que son imposibles, si hay algunos que lo digan, serán comunmente hombres que no saben, ni entienden, ni han oído decir qué cosa sea espíritu, ni gozo y fruto espiritual, ni visitación de Dios, ni lumbré del cielo, ni regalo de ánimas santas y escogidas, ni piensan que hay otros pasatiempos y gustos, ni recreaciones, sino las que ellos de noche y de día, por mar y por tierra, con tanto cuidado y solicitud y artificio buscan, para cumplir con sus apetitos y dar contento á su sensualidad. Y así, no hay que hacer caso dellos. Pues nos enseña el Apóstol que el hombre animal (esto es, carnal y entregado á la porcion inferior y parte sensual de su ánima) no percibe ni entiende las cosas de Dios. Y así, pues es ciego, no es justo que se haga juez de lo que no ve. Pero otros habrá también cristianos y cuerdos, y leídos en historias y vidas de santos, que sepan que algunas veces suele nuestro Señor hacer estas mercedes y favores

á los que toma especialmente por suyos, y darles privilegios extraordinarios, fuera de la regla y orden con que trata á la gente comun. Los cuales entenderán que aunque en estas cosas de revelaciones y raptos es menester mucho tiento, porque puede haber engaño, y muchas veces le hay, tomando por visitaciones del cielo las ilusiones de Satanás, que se transfigura (como dice el Apóstol) en ángel de la luz, y siguiendo, por revelación de Dios, la propia y falsa imaginación, causada ó de la liviandad y soberbia secreta de nuestro corazón, ó del humor melancólico y enfermedad que hace parecer á las veces que se ve y oye lo que ni se oye ni se ve. Pero no por eso deja de haber en la Iglesia de Dios verdaderas y divinas revelaciones, con las cuales algunas veces regala él á sus singulares amigos y privados, y se les comunica con más particular y estrecha comunicación. Y que no es maravilla que haya usado desta misericordia con nuestro Ignacio, y con tan larga mano reparado con él de sus tesoros y riquezas infinitas; porque, aunque soldado y nuevo en esta escuela, había en poco tiempo andado mucho camino y pasado muy adelante en su aprovechamiento y en las letras de la verdadera sabiduría. Y habiale nuestro Señor escogido para capitán y caudillo de uno de los escuadrones de su Iglesia (que es como las haces bien ordenadas de los reales, y puestas á punto de guerra) y para patriarca y padre de muchos, que sin duda es mayor merced y favor de Dios, y á ménos concedido, que tener arrobamientos y revelaciones. Y cierto, mirando bien lo que Ignacio era y lo que hizo, no podemos dejar de confesar que fué menester particularísimo y singular socorro del cielo para acometer una empresa tan grande, y salir con ella, pues fuerzas naturales ni industria humana no bastaban. Porque, ¿cómo un hombre sin letras, soldado y metido hasta los ojos en la vanidad del mundo, pudiera juntar gente y hacer compañía y fundar religion, y extenderla en tan breve tiempo por *todo* (1) el mundo con tanto espíritu, y gobernarla con tan grande prudencia, y defenderla de tantos encuentros con tanto valor y con tanto fruto de la santa Iglesia y gloria de Dios, si el mismo Dios no le hubiera trocado y dádole el espíritu, prudencia y esfuerzo que para ello era menester? ¿Qué dechado tuvo delante para sacar el traslado desta religion? ¿En qué libro leyó sus reglas y constituciones y avisos? ¿Quién le dió la traza y el modelo desta Compañía, tan una en lo substancial con todas las demas religiones, y tan diferente en cosas particulares, tan proporcionadas y convenientes al estado presente de la Iglesia? (2). Díosela el que sólo se la podía dar, y sólo llamarle para lo que le llamó. Díosela el que es tan poderoso, que de las piedras puede

(1) Borrado por el PADRE RIVADENEIRA; á pesar de eso, se puso en las ediciones siguientes.

(2) Había tachado RIVADENEIRA este elogio de la Compañía, pero al márgen dice, de letra suya ó muy parecida á la suya: *Nihil delectatur*. Así es que se siguió poniendo en las ediciones posteriores.

nacer hijos de Abraham, y llama á las cosas que no son como á las que son, y toma por instrumentos y predicadores de la luz de su Evangelio y de su verdad á los pescadores, para confundir al mundo, y mostrar que él es el Señor y el que obra las maravillas, y que tanto vale la cosa cuanto él quiere que valga, y no más; y que no es como los príncipes y reyes deste siglo, que pueden dar el oficio como dicen, mas no la discreción ni los talentos que son necesarios para hacerle bien. Porque él escoge los ministros del Nuevo Testamento, y escogiéndolos, los hace idóneos y bastantes para todo lo que él manda y es servido. Y pues vemos los efectos tan grandes en Ignacio (que éstos no se pueden ya negar, si no queremos decir que es noche la luz de mediodía), y necesariamente habemos de conceder lo que es más, concedamos también lo que es ménos. Y entendamos que todos los rayos y resplandores que vemos en las obras que hizo, salieron destas luces y visitaciones divinas que habemos contado, y de otras que tuvo su ánima. Algunas de las cuales en esta historia, con el favor divino, se contarán.

#### CAPÍTULO VIII.

Del libro de los *Ejercicios espirituales*, que en este tiempo escribió.

En este mismo tiempo, con la suficiencia de letras que habemos dicho que tenía Ignacio (que era solamente leer y escribir), escribió el libro que llamamos de los *Ejercicios espirituales*, sacado de la experiencia que alcanzó, y del cuidado y atenta consideración con que iba notando todas las cosas que por él pasaron. El cual está tan lleno de documentos y delicadezas en materia de espíritu, y con tan admirable orden, que se ve bien la unción del Espíritu Santo haberle enseñado y suplido la falta de estudio y doctrina. Y aunque es cosa muy probada y manifiesta en todo el mundo el fruto que ha traído por todas partes el uso destes sagrados ejercicios á la república cristiana, con todo eso, tocaré algunas cosas de las muchas que se podrían decir de su provecho y utilidad. Primeramente al uso de los ejercicios se debe la institución y fundación de nuestra Compañía; pues por ellos fué nuestro Señor servido que casi todos los padres que fueron los primeros compañeros de Ignacio, y los que le ayudaron á fundar la Compañía, los despertase él y convidase al deseo de la perfección y al menosprecio del mundo. Pues los que despues, siguiendo su ejemplo, entraron en la Compañía, ya aprobada y confirmada por la Sede Apostólica (que han sido personas señaladas en habilidad y letras, ó en sangre y otros dones naturales), por la mayor parte por estas santas meditaciones fueron guiados y movidos de la mano de Dios para escoger y seguir esta manera de vida. Y porque no piense nadie que para sola nuestra religion ha enviado nuestro Señor este beneficio y despertador al mundo, también las otras religiones se han aprovechado dél. Pues podemos decir con verdad que mu-

chos de sus monasterios han sido poblados, por este medio, de mucha y muy escogida gente; muchos religiosos que titubeaban en la perseverancia de su vocación, han sido en ella confirmados (1). Otros que, vencidos de la flaqueza humana, habían ya renunciado los hábitos, reconociendo y llorando su desventura, volvieron al puerto de donde el impetu de la tentación los había arrebatado. Y no para el fruto destes ejercicios en ayudar solamente á las religiones, pues abraza á todas suertes de gentes, á todos los estados, oficios, edades y modos de vivir. Porque la experiencia ha mostrado que muchos príncipes, así eclesiásticos como seglares, hombres principales y de baja suerte, sabios é ignorantes, casados y continentales, consagrados á Dios y solteros, mozos y viejos, entrando á hacer los ejercicios, se han aprovechado, ó para enmendar la mala vida, ó para mejorar la buena que tenían. Y lo que más hace maravillar es, que muchos varones de singular erudición, tenidos por oráculos de sabiduría y por los mayores letrados de su tiempo, despues de haber gastado toda la vida en las universidades, enseñando y disputando y haciendo callar á otros, se humillaron y sujetaron á ser discípulos de Ignacio, aprendiendo dél en los ejercicios lo que no habían sacado de los libros ni de sus estudios tan aventajados. Porque lo que en esta escuela (donde se trata del propio conocimiento) se aprende, no para en solo el entendimiento, mas descende y se comunica á la voluntad; y así, no es tanto conocimiento especulativo como práctico; no para en saber, sino en obrar; no es su fin hacer agudos escolásticos, sino virtuosos obreros, y con esto despierta é inclina la voluntad para todo lo bueno, y hace que busque y vaya tras aquella celestial sabiduría que edifica, inflama y enamora, no haciendo tanto caso de la ciencia, que muchas veces desvanece y hincha, y saca al hombre fuera de sí. Mas aunque el fruto destes espirituales ejercicios se extiende universalmente á todos, pero particularmente se ve y se experimenta más su fuerza en los que tratan de tomar estado y desean acertar á escogerle, conforme al beneplácito y voluntad de Dios. Porque no todos los estados arman á todos ni son á propósito de cada uno, sino que uno es mejor para uno, y otro para otro; y cuál sea el más conveniente para cada uno, y más acertado y seguro, sólo el Señor lo sabe perfectamente, que nos crió á todos y que, sin nosotros merecerlo, nos aparejó y mereció con su sangre tan grande bien como es la comunicación de su gloria y de su bienaventurada presencia. Y así, el escoger estado y tomar manera de vida habíase de hacer con mucha oración y consideración y deseo de agradar á Dios, y de acertar cada uno á tomar lo que el Señor quiere que cada uno tome, y lo que mejor le está para alcanzar su último fin. Mas há-

(1) Al márgen de esta cláusula había una llamada, como para suprimirla, á fin de que este elogio no pareciera jactancioso; pero al márgen dice, de la letra parecida á la del PADRE RIVADENEIRA: *Está bien; no quite nada.*